

improvisan algo que sólo ellas entienden. Sin embargo, la comedia vuelve a subir cuando aparece Álvaro Carcaño como un gracioso anciano, pero vuelve a caerse con Alicia Quintos y Macario Álvarez, para volver a elevarse cuando sale Ángel Casarín interpretando un afeminado prehispánico digno de verse, y Cora Cardona en su breve escena semidramática. Luego viene la guerra a base de atropellamientos en escena, luces sicodélicas, carreras, bailes, confusión, desorden, caos y... se encienden todas las luces del escenario y los actores se voltean hacia el público con sonrisa tonta que quiere decir: "Ya terminamos, aplaudid si os ha gustado". Y claro, el público no aplaude porque no le ha gustado aquel sorpresivo, absurdo y ridículo final. Ojalá Córcega arregle tan descomunal despropósito para bien de su negocio, de su dirección, de los actores, y, sobre todo, de don Salvador Novo, porque el público puede pensar que así concluyó la comedia el autor.

La escenografía de Toño López Mancera no es nada del otro mundo y más bien parece uno de aquellos "salones aztecas" que se usaban en las casas allá por los treintas, aunque sin el sarape de Saltillo, que no faltaba en esas salas. Una "coreografía" de Carlos Gaona que es un monumento a lo *camp*, porque tiene todos los movimientos de la danza moderna de hace quince años, que ahora ya nos parece lamentable.

Y sin embargo, el público debe ir a ver *La guerra de las gordas*, porque es una comedia agradable, porque hay tres o cuatro buenas actuaciones (Servín, Carcaño, Casarín, López Rojas, Cardona) y porque la dirección de Miguel Córcega es un esfuerzo noble y lleno de entusiasmo. Estoy seguro que después de la noche del estreno, el director corregirá errores.

25 de agosto de 1968

CARTA DE UN PROVINCIANO A OTRO

Estimado Bulmaro:

Tal como quedamos en la estación antes de subirme al tren que me alejaría de nuestro pintoresco pueblecillo y me traería a la

capital para realizar mi más anhelado sueño, o sea satisfacer mi pasión por el teatro, te escribo para contarte mis andanzas por esos teatros de Dios, es decir, del D. F., que es lo más alejado de Dios que hay desde Sodoma y Gomorra. ¿Recuerdas con qué ilusión planeé mi viaje, cómo pasaba largas horas en una banca de la Plaza de Armas soñando con verme sentado en una butaca de algún teatro y cómo te hablaba de que en la capital funcionaban diariamente más de veinte locales en los que me saturaría de buen teatro? ¡Ay, Bulmaro, qué decepción he llevado! Te escribo sólo para desahogar mis penas, porque mañana en la noche tomaré el tren de regreso a nuestro pueblo, del que no volveré a salir en mi vida, y seguiré montando piezas y comedias contigo, con Elenita, con Pascuala y con Roldán, en nuestro salón de actos del Seminario. No dudo que nuestras puestas en escena adolezcan de miles de defectos, pero ahora estoy seguro que en la capital no tienen nada qué enseñarnos.

Una vez que hube llegado a un modesto hotel en la colonia Guerrero, después de esperar en la estación de Buenavista (¿por qué se llamara así?) por más de tres horas para conseguir un taxi (aquí así se llaman, no “coches de sitio” como allá) que me cobró veinte pesos por seis cuadras, me bañé, me puse mi trajecito y mi camisa de cuello de tortuga para estar bien a la moda y que no se me notara lo provinciano, y bajé a comprar un periódico para ver la cartelera teatral y escoger detenidamente a dónde debería ir esa noche. Mis ojos toparon con el primer anuncio: ¿sabes cómo se llamaba la obra que se representaba? *Las jamonas*. ¡Hazme el favor! Original de y con Ortiz de Pinedo, un cómico con más vicios teatrales que el marqués de Sade en otros aspectos. Lo acompañaba Tana Lynn, que siempre fue malita, y muchos otros nombres que nadie, ni siquiera las personas conectadas con el ambiente artístico, tienen la menor idea de quiénes son.

Disgustado busqué otro anuncio; *Una noche en su casa, se ñora*. ¿Qué te parece el titulito? Y no se representaba en una carpa como esas que de cuando en cuando llegan al pueblo, no; en un teatro más o menos elegante. Ni pensar en ir a eso. Otro anuncio: *El señor es señorita* (no miento: puedes pedir un periódico a México para que te convenzas), en donde una mala can-

cionista de ranchero era la estrella máxima, así que ya supondrás cómo estaba el resto del reparto. Nada, hay que seguir buscando, que algo habrá digno de verse. ¿Sabes cómo se llama la siguiente obra que vi anunciada? *Las golfas*. ¡Ya era demasiado! Furioso, me decidí por una comedia que se titula *Paraíso tormentoso*, a sabiendas de que se trataba de una tontería para pasar el rato, pero al menos me divertiría con buenos actores como Alejandro Ciangherotti y Nadia Haro Oliva. ¡Qué equivocada me dí! La comedia es exactamente igual a las que se hacían en España a principios de siglo, y lo mismo puede estar firmada por Muñoz Seca, Fernández Ardavín, que por ese señor Kataiev. ¡Incluso nosotros, en nuestro humilde y perdido pueblo, ya hemos superado ese tipo de teatro!

Al día siguiente quise ir a ver *Los zorros*, que tiene un reparto sensacional, pero como era el último día y la gente está ávida de ver cosas buenas, no había un solo boleto ni dándole cien pesos de gratificación al taquillero, cosa aquí muy usual en los teatros que tienen éxito. Tampoco pude conseguir localidad para *Hello Dolly*, lo que te demuestra que no es el público de la capital el equivocado, sino los empresarios mediocres. Por tanto, fui a ver a Carlos Ancira en *El diario de un loco*, de Gogol, que me quitaron, actor y obra, la ira que me consumía desde que llegué. A medianoche fui al Teatro Iris a presenciar el *burlesque*, que trae de cabeza a los capitalinos porque aparecen tres o cuatro modelos casi sin ropa. ¡Qué ingenuidad! ¿Te acuerdas, Bulmaro amigo, cuando vinimos al D. F., hace ya veinte años? Nuestra adolescencia se enloquecía en el Teatro Tivoli, que era el emporio de la frivolidad y del verdadero *burlesque* comparado con este de ahora. Creo que los capitalinos son como el cangrejo, que van para atrás.

A la otra noche fui a ver *La guerra de las gordas*, de don Salvador Novo, quien ya sabemos que está furioso, y con razón, por lo que hicieron con su comedia. Y a pesar de que compré todos los diarios, que son muchos, ¡ya no me quedaba nada por ver, como no fuera lo que te dije al principio, del señor que era señorita, o de la noche en la casa de la señora, o de las jamonas, y a eso francamente ni como manda al santo patrón de nuestro pueblo me animaba a ir! De manera que decidí ir al Teatro Xola,

que es por ahora el más elegante de la capital y el más codiciado por los empresarios. Ni siquiera quise ver lo que se representaba porque estaba seguro que sería bueno y me agradaba me sorprendiesen. ¡Bulmaro de mi corazón! ¿Sabes lo que comencé a ver? ¡A Regina Torné bailando (¿bailando?) jazz, a un trompetista, a un baterista, a un cornetista, armando tal ruido ensordecedor, que salí corriendo del teatro! ¡Y eso es lo que presenta el Seguro Social!

Después de mi coraje por haber perdido esa noche, a la siguiente fui a ver unas farsas musicales de Héctor Azar que aunque no entendí nada, por lo menos estaban muy bien puestas y muy bien actuadas. Este espectáculo entra dentro del “Programa Cultural de la XIX Olimpiada”, al que me prometí asistir a cuanto hubiera. No pude. ¿Por qué? Vas a verlo: En el Teatro del Bosque se ofrecía un programa de danza moderna, pero . . . ¿con qué piensas? Claro, con el *Zapata*, *Los Gallos*, *El Chueco*, *Juan Calavera*, etcétera, o sea lo mismo que desde hace veinte años se viene representando y que indica que los coreógrafos mexicanos no pecan de imaginativos. Como comprenderás, sería un fastidio ir a ver eso. (Me extrañó no ver anunciado dentro de ese programa de danza la famosa *Tierra* de Elena Noriega, infaltable también desde hace veinte años.) Otro espectáculo de la Olimpiada Cultural era el Ballet Folklórico de Amalia Hernández, o sea el *Mexican curios* llevado a su más alta expresión con acompañamiento de telón de cristales y toda la cosa. Me consolé el domingo en la mañana con un buen concierto de la Sinfónica Nacional en que tocó Hermilo Novelo, uno de los mejores violinistas del mundo. ¡Y, qué alegría, Bulmaro! ¡Vi anunciado a Maurice Chevalier! Corrí a comprar un boleto, pero, claro, ya no había, y aunque hubiera, costaban . . . 125 pesos. Me parece muy bien, porque el señor los vale (¿o los valió?), pero te imaginarás que para un ayudante de boticario de pueblo como soy yo, ese precio escapaba a mi presupuesto. A los teatros de revista ni pensar en ir, pues también es siempre lo mismo, con diez o doce artistas (por así llamarlos) que se turnan para debutar cada dos o tres meses durante toda su vida. El Teatro de los Insurgentes, que también es una garantía, presenta . . . ¡*Luisa Fernanda* y *La Duquesa del Bal Tabarín*! Muy modernos en la capital, no cabe duda.

Y luego a Pedrito Rico bailando jazz, como Regina Torné. Muy bien . . . ¿Y eso también es de la Olimpiada Cultural?

Aquí tienes, mi buen Bulmaro, el estado del teatro en la capital de México, en pleno 1968, y en vísperas de las Olimpiadas. Regreso, pues, mañana a nuestro pueblo. Ordena a Pascuala que vaya sacando en máquina los papeles de *The Price*, de Arthur Miller, que es la que montaremos mientras preparamos a fondo *El hombre de la Mancha*, para seguirnos con la última de Albee y en enero montar a Ruiz de Alarcón y más tarde a Ibsen.

Recibe un fuerte abrazo de tu decepcionado amigo.

José Encarnación

10. de septiembre de 1968

SAUDADES POR UN PRÍNCIPE

Sr. Fernando Wagner
Teatro de mi nombre
México, D. F.

Querido Fernando:

Te recuerdo con cariño. El próximo noviembre se cumplirán 18 años que abandoné para siempre la escena y el mundo, pero desde el lugar maravilloso en que me encuentro, adonde vienen todas las buenas actrices y los buenos actores (me han dicho que adonde van los que fueron malos cómicos y se creyeron buenos, es un lugar realmente espantoso, pues los obliga a verse representar unos a otros), desde aquí, digo, estoy pendiente de lo que se hace en los teatros de México, y principalmente del que lleva mi nombre desde el año de 1907 y que antes se llamó Renacimiento. No tienes idea de lo que he llorado al ver las comedias que se han montado en él desde que morí y desde que fue derrumbado el hermoso salón y edificado en su lugar ese horrendo edificio y ese no menos horrendo teatro. ¿Por qué se habrá perdido el gusto